



UN ÉXITO
JAMÁS
ALCANZADO
han obtenido los 2
últimos libros



EL ESCÁNDALO

de la
COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS

EL CORSARIO

de la BIBLIOTECA *Los Grandes Pelms*

de
LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

PRONTO:
GRANDES ACONTECIMIENTOS

IMPORTANTE:

¿Ya tiene usted completa la colección de LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA? No olvide que estamos reimprimiendo todos los números agotados y que preparamos



LO MAYOR
Y MEJOR
DEL AÑO!



E. VERDAGUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRASA

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 116

25 cts.



FRUTA
PROHIBIDA

por
Agnes Ayres
Filmoteca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción { Gran Via Layetana, 12
Administración { Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 116

Fruta prohibida

Sentimental producción americana interpretada por la
gentil artista AGNES AYRES y
los siguientes estimados artistas:

Kathlyn Williams, Theodore Kosloff, Theodo-
re Roberts, Forrest Stanley y Clarence Burton

PARAMOUNT PICTURES

Exclusiva de **SELECCINE S. A.**

Programa Ajuria Especial

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
FEBO MARI

Fruta prohibida

Argumento de la película de dicho título

He aquí la historia de una joven de distinguida familia que al terminar su educación en un pensionado y en contra del prudente consejo de sus padres, dió oídos a las dulces y agradables palabras de un hombre que nadie sabía quién era ni de qué vivía.

Pero antes de conocer a nuestra protagonista, no estará de más que echemos un vistazo a la suntuosa morada de Jaime Harrington Mallory, rey del petróleo. La primera con quien nos encontramos es con su esposa, dedicada a preparar los últimos detalles de una fiesta íntima. En el momento en que la vemos está aparejando, en una cartulina que representa una mesa, a los convidados a la cena de aquella noche.

Ocupada en tan delicada tarea, vino a inte-

rrumpirla su doncella, anunciándole la llegada del nuevo mayordomo.

Este era Giuseppe, procedente del servicio de casas ricas. Pero no sólo había servido a millonarios, sino que durante dos años estuvo a las órdenes del director de un presidio, mientras cumplía una condena.

Se trataba, pues, aunque las apariencias ocultasen su personalidad, de un sujeto de cuidado.

Como en otras casas de alto rango, Giuseppe tuvo la suerte de ser aceptado en la del rey del petróleo.

Este último, Jaime Harrington, tenía sólo dos preocupaciones en la vida: sus pozos de petróleo y su mujer.

Pero le faltaba un eslabón para completar su cadena de cuentas petrolíferas... Este eslabón lo constituían los pozos de Nelson Rogers, un joven que no era tan fácil de conquistar como Harrington se había figurado.

Después de prolongada entrevista con Rogers, Harrington le propuso una oferta para adquirir sus pozos, y obtuvo del joven esta respuesta evasiva:

—Si yo tuviese tiempo para ocuparme de ello, tal vez llegara a interesarme el negocio, pero esta misma noche tengo que salir para California.

Harrington entretuvo un poco a Rogers dándole a leer unos documentos, y entretanto fué a buscar a su esposa.

—¡Por Dios, Gracia, ayúdame!—la rogó—. Dice que se va esta misma noche a California.

Si tú consigues que se quede, acabará por cerrar el negocio.

—Déjame lo a mí... Para pescar a un joven como ese, el mejor cebo es una muchacha bonita. Voy a buscar el anzuelo—contestó Gracia



...Nelson Rogers, un joven que no era tan fácil de conquistar...

que conocía los proyectos de su marido.

El plan de la señora Harrington era obligar, por galantería, a Rogers a quedarse en Nueva York hasta el día siguiente para asistir, aquella noche, a la fiesta íntima.

Cuando ella le invitó, Rogers se resistió un poco, pero Gracia supo jugar habilidad.

—No me diga usted que no... He prometido a la muchacha más bonita de Nueva York ponerla al lado de usted en la mesa.

Entonces, Rogers, ante tan atrayente perspectiva, decidió quedarse.

Había muchas mujeres bonitas en Nueva York. ¿Cuál sería la más bella?

..

Aquí está Mary, nuestra protagonista, la joven de distinguida familia que se casó con un desconocido en contra del consejo de sus padres. Bien pronto se dió cuenta de su error, y bien estaba purgando su irreflexión. La profesión de su marido era el robo, y cuando Mary se enfermó, negóse a aceptar un solo céntimo de sus manos y dedicóse a coser por las casas y en su casa.

Su hogar era mísero y en él no había amor, sino resignación sublime.

Esteban Maddock, el marido de Mary, se pasaba el día acostado mientras ella trabajaba desesperadamente para mantenerle. Su única ocupación, de un tiempo a aquella parte, era esperar a que su mujer regresase del trabajo para que le preparase la cena.

Pero a veces el destino tiene sus caprichos, y en la noche de nuestra historia, Esteban corría peligro de quedarse sin cenar.

Mary se encontraba en casa de los Harrington, pues era costurera de la señora.

Gracia recibió aviso de que la señorita que debía sentarse al lado de Rogers no podía asistir a la fiesta.

Disgustada por ello, Gracia telefoneó a dicha señorita, suplicándole su presencia en su casa.



Su hogar era mísero y en él no había amor sino resignación sublime.

—No puedo... no puedo... Me ha dado un dolor de muelas terrible y tengo la cara hecha un horror.

—Pero, por favor... tal vez...

—Lo siento... lo siento... pero no iré.

Gracia se vió apurada.

¿Qué diría o qué pensaría Rogers?

Harrington, que se vestía, fué llamado con urgencia a las habitaciones de la señora.

—La muchacha que había invitado para pescar a ese joven, no puede venir, y no sé a quién invitar para sustituirla.

Casualmente, en este momento, Mary se miraba en el espejo ataviada con la valiosa capa de Gracia, ajena a que la estaban contemplando los señores.

La señora Harrington estuvo silenciosa y pensativa un momento.

Al fin, se afirmó en una idea y dijo a su marido:

—Creo que esta costurera podría servir para el caso.

—¿Qué dices?... ¡Una costurera!...

—Sí, esa nos salva, ya verás.

Sin vacilación alguna, Gracia se acercó a Mary, que se apresuró a apartarse del confidente cristal, y le habló así:

—Mary, ¿quiere usted hacerme un gran favor?... Estoy en un compromiso. Esta noche doy una cena y una de mis invitadas me ha dicho a última hora que no puede venir... ¿Querría usted hacer de Cenicienta por unas cuantas horas?

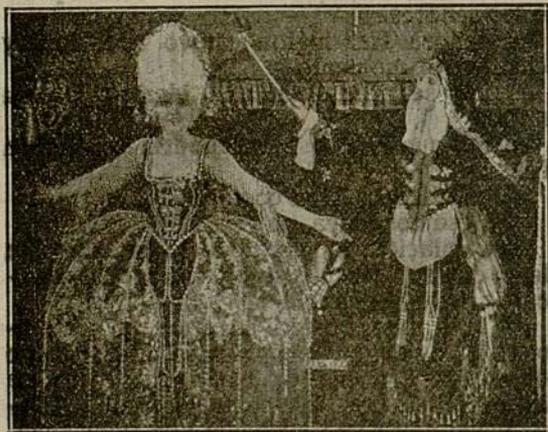
—¿Yo?...

—No piense en sus penas esta noche, Mary... Yo haré que traigan para usted vestidos y joyas. Será usted la más distinguida de mis invitadas... Cenicienta, la del cuento, le va a tener envidia.

Mary soñó un momento y recordó el cuento de la pobre hermana despreciada, cubierta de harapos, a quien un hada bondadosa cubrióla

de ricos vestidos y le permitió que bailara con el Príncipe del palacio en festejo.

Y su temperamento irreflexivo y su romanticismo, que la hicieron cometer el gran error de su vida, unidos en esta ocasión a su natural vanidad femenina, decidieron a Mary a aceptar aquella singular proposición.



Mary soñó un momento y recordó el cuento de la pobre hermana despreciada...

Harrington murmuró, aparte, a su esposa:

—Esto es un disparate... Cuando se sienta a la mesa, es muy posible que coma aceitunas con cuchillo... Aunque la mona se vista de seda, mona se queda.

Los temores de Harrington eran infundados en el caso de Mary; que quien en su juventud

ha recibido una esmerada educación, por mucho que las vicisitudes de la vida le hayan hecho descender en la escala social, podrá no estar al corriente de los últimos detalles de la moda; pero jamás hará un mal papel, cualquiera que sea el medio ambiente en que se le coloque.

Las doncellas de Gracia se encargaron—mal de su grado, por envidia—de ornar el primoroso cuerpo de Mary.

Una de las doncellas, por especial encargo de la señora Harrington, vigilaba las joyas... ¡Es triste ser pobre!

Llegó, por fin, la hora de la cena íntima que la esposa de Harrington ofrecía a sus amigos.

Rogers esperaba impaciente a su pareja de aquella noche... y de su misma impaciencia participaban—aunque en otro sentido—los esposos Harrington, pues Mary tardaba más de lo debido.

Por fin apareció y su belleza y las riquezas que lucía causaron sensación a los demás convidados y asombro imprevisto a Harrington.

Rogers se olvidó de las señoritas que, muy amables, le rodeaban, y sólo sus ojos se posaron en Mary, a quien, por la señora de la casa, fué seguidamente presentado:

—Mi mejor amiga... la señorita Natalia Webb, de Washington—dijo Gracia a Rogers. Y a Mary—: El señor Nelson Rogers...

Mary sintió sobre ella la cálida mirada de Rogers y se estremeció de agradecimiento.

Y también ella se sentía feliz a su lado...

Después de la cena, Mary y Rogers conver-

saron, discretamente alejados de todos, naciendo un oculto idilio.

—Ustedes, las muchachas hermosas y elegantes, son como estas orquídeas: para ellas y para ustedes, las penas y contrariedades de la vida son cosas desconocidas.

Mary disimuló una mueca de dolor...

Siguieron hablando... Rogers se internó en terreno delicado y la preguntó:

—¿Tiene usted novio?

Mary tuvo necesidad en aquel momento de olvidar su desdicha, y no supo desviar la conversación de Rogers hacia otra senda menos peligrosa.

Pero unas horas de ensueño pasan tan pronto como la fragancia de las orquídeas.

—¿Me permite usted que la acompañe hasta su casa?—la propuso Rogers.

Mary se negó sonriente, en absoluto, pero Rogers, enamorado ya, insistía tal vez con exceso.

Gracia hubo de intervenir, temerosa de que la farsa fuera demasiado lejos.

—Eso no puede ser, Rogers—dijo a éste—. La señorita Webb va a quedarse a dormir en mi casa.

Rogers desistió, pues, de su empeño, pero cambió su ruego por este otro:

—Por lo menos, espero que me dará usted su dirección, para que yo pueda escribirla.

Mary escapó sin contestar... y Rogers quedó algo desorientado.

—¡Bah! No he venido aquí para perder el tiempo. Todas son coquetas—se dijo.

Y se disponía a marcharse a descansar un

poco, para partir por la mañana para California.

Harrington apeló de nuevo a su esposa para retener a Rogers, y Gracia actuó otra vez.

—No puede usted marcharse de Nueva York, señor Rogers...

—Sí, sí... es preciso...

—¿Sería capaz, después de contar con usted y con la señorita Webb para la fiesta del sábado?...

Sonrieron Rogers y Harrington, éste le soltó alguna indirecta de muy buen gusto, le guiñó el ojo al joven... y el joven no se marchó.

Después, a solas, los esposos Harrington celebraron su triunfo con sonoras carcajadas.

Nuestra romántica Cenicienta no se decidía a separarse de la ya marchita orquídea que tocaron las manos de Rogers y que era recuerdo de aquellas horas de ensueño que le habían hecho revivir los días felices de su juventud.

Llovía... Mary, la costurera, volvía a la realidad regresando, entre torrentes de lágrimas del cielo, y con la orquídea en su pecho, a lo que debió ser un dichoso hogar y que, por no seguir el prudente consejo de sus padres, había ella misma convertido en su propio e irreparable tormento.

Esteban, malhumorado porque se vió obligado a hacerse la cena, recibió malamente a Mary, quien se disculpó así:

—Me han ofrecido un trabajo extraordinario, y me han dado veinte dólares por él.

A la vista del dinero, el despreciable ser re-frenó su genio.

*
**

La flor de Rogers asomaba tímidamente por el escote de Mary, y Esteban, que la vió, la arrancó de tan sagrado lugar.



...los esposos Harrington celebraron su triunfo con sonoras carcajadas...

¿Qué pensaba de Mary para mirarla de aquel modo?...

—¿Conque, un trabajo extraordinario, eh?— preguntó con reticencia.

Mary no toleró la ofensa del esposo sin corazón, y defendióse enérgicamente:

—Tú sabes, Esteban, que yo me casé contigo

contra la voluntad de mis padres: ¡tanto había llegado a quererte!... Y sabes también que luego, a pesar de todo lo que me has hecho sufrir, te he respetado siempre sin que me hayas oído una sola queja... Pero lo que no puedo tolerar-te es que encima me insultes de ese modo.

Esteban contestó tranquilamente:

—No me vengas con pamplinas, Mary... Tú te casaste conmigo porque creíste que yo era rico, y si efectivamente lo fuera, estarías contenta.... Pero, claro, quieres irte porque en algún otro lado habrás encontrado lo que yo no puedo darte.

—¡Oh, basta! ¡Eres un miserable! Sacrifiqué mi vida por ti porque estuve ciega... ¡No me verás más! ¡Prefiero morir en el arroyo que oír tus ultrajes!

Esteban, presa de remordimiento por su brusquedad con su esposa, se opuso a que ella se marchara del hogar, y humillóse para vencerla.

—Perdóname, Mary, perdona estos arrebatos míos!... ¡Yo sé lo buena que eres!... Y es más, tú no has dejado de quererme aún... estoy convencido de ello y de que no eres capaz de abandonarme ahora que me ves caído.

Mary cedió a las súplicas del esposo... abandonóse, inconsciente, al beso en los labios que él la pedía... y pasó, como otras, la nube que amenazaba tormenta.

Pero... no vencía Amor... Mary sabía ser buena aun a trueque de destrozarse, con su propia bondad, su pobre corazón.

Sin embargo, a los pocos días siguientes Esteban ya no se acordaba de las atenciones que

debía a su esposa, y mientras ella lavaba con afán de ganarse un buen jornal, él, acostado todavía, con deseos de dormir hasta hartarse, profirió groseras frases contra un alegre pájaro que cantaba al sol.

—¡Mary!—gritó furioso— ¿No puedes hacer callar a ese bicho para que me deje descansar?

Mary exhaló un hondo suspiro, al reconocer, una vez más también, que era inútil esperar una enmienda de su marido, y, para evitar una nueva disputa, cubrió la jaula del pájaro para, sumiéndole en la obscuridad, privarle de la alegría.

En este momento llamaron a la puerta de la casa.

Mary fué a abrirla y sorprendióla mucho la visita.

Era la señora Harrington.

—¿Cómo se molestó usted en venir a esta bohardilla, señora?—preguntóle Mary.

—Me encuentro en un compromiso, Mary, y usted es la única persona que puede sacarme de él... Mi marido necesitaba tener al señor Rogers cerca de sí unos días, y yo, para conseguirlo, le invité diciéndole que *Natalia Webb* vendría a pasar los últimos días de la semana en mi casa. Y él va a venir hoy... y yo recurro a usted como la otra vez... ¿Comprende, Mary?

Mary, que había comprendido desde el principio, no vaciló en contestar:

—Comprendo, señora, y siento mucho no poder ayudarla.

—¿Por qué, Mary?...

—Yo no debo y no quiero dejar solo a mi

marido durante varios días... Podría pensar... ¡Oh, no, de ningún modo!

—¿En verdad cree usted que su marido podría dudar de usted? Vamos, Mary, decídase...

—No insista, señora... He dicho que no puedo ser.

—Está bien. No obstante, le recuerdo, Mary, que el número de mi teléfono es el 2202, por si, pensándolo mejor, se decide usted a complacerme.

—Adiós, señora.

—Adiós, Mary.

Gracia de Harrington estaba disgustadísima. ¿Cómo decir a Rogers que su bella pareja de mesa y de baile no podía ir a sus fiestas?

Y regresaba, en su auto, pensativa a su casa.

En el hogar de Mary, entretanto, ocurría una desagradable y trascendental escena.

Esteban, molestado nuevamente por el canto del pájaro—cuya jaula Mary había descubierto al llegar la señora Harrington—, se levantó de la cama y, colérico, mandó a la calle, de un puñetazo, el frágil encierro del animalito.

Al chocar contra los riscos del arroyo, el pájaro quedó destrozado entre las rejas.

Mary, que no había podido evitar la crueldad de su esposo, bajó a la calle para recoger la jaula, y, en presencia del crimen de Esteban, sintió en su pecho el gérmen del odio.

¡Decididamente, aquel hombre no cambiaría nunca!

Y, en tan crítico instante, Mary tomó una inquebrantable decisión.

—Me he decidido al fin, señora—telefoneó desde un establecimiento, a la esposa del rey



Mary se miraba en el espejo ataviada con la valiosa capa de Gracia...

del petróleo—. Estaré en su casa los días que usted me necesite... Iré hoy mismo.

Y Mary, que aunque vagamente presentía el peligro a que se exponía, herida su delicadeza por la brutalidad de su marido y obrando con la irreflexión de otras veces, puso en práctica su decisión de revivir por unos días su ensueño de Cenicienta.

—Voy a trabajar unos días a un lavadero de Jersey—dijo a Esteban, al partir.

—Yo te juro, Mary, que para cuando vuelvas habré encontrado trabajo—la prometió él.

Mientras Mary volvía a la ficción en los brillantes salones de los Harrington, cortejada sin cesar por Rogers—verdaderamente enamorado de ella—, Esteban, en el club de los vagos, sus compañeros, donde trataba de encontrar *trabajo*, tenía este diálogo con el mayordomo del rey del petróleo, Giuseppe, que era un individuo de mala especie.

—Necesito dinero, y he de procurármelo de cualquier modo—manifestaba Esteban.

—Yo puedo proporcionarte el medio de conseguir dinero, si estás decidido... En la casa en que ahora sirvo hay una señorita forastera, que tiene unas joyas magníficas... Dejaré esta noche una ventana abierta, y tú podrás entrar fácilmente... Y, como siempre iremos a medias.

—¿Crees tú que la cosa es fácil?...

—Nada temas.

—Entonces, acepto.

*
*

Pasados los tres primeros días, Mary empezaba a darse cuenta exacta del peligro, cuya vaga previsión no había sido suficiente para contenerla cuando su irreflexión y su despecho la empujaron a emprender aquella aventura.

Por la noche de aquel día, los Harrington y Mary con Rogers, asistieron a una representación teatral de una interesante comedia titulada *Fruta Prohibida* y, en el palco, emocionado por la acción de la obra, Rogers cada vez más enamorado, no pudo seguir jugando inocentemente al amor, y declaró a Mary, tierna y quedamente, la pasión que ardía en su corazón por ella.

—Yo la amo a usted, Natalia, y quiero que sea usted mi esposa.

El peligro, vagamente previsto al principio y que de día en día se había acentuado más, estaba ya ante ella, claro, patente; sumiéndola en un mar de confusas y amargas impresiones: haciéndola fluctuar entre el deseo de decir toda la verdad y su repugnancia a descubrir el subterfugio de sus protectores.

Mary sonrió, para disimular, y evitó el contestar a Rogers poniéndole debajo de los ojos el programa del espectáculo en el que aparecía, en gruesos caracteres, el título *Fruta Prohibida*, reuniéndose luego con los Harrington, que ya se marchaban.

Rogers, un tanto desconcertado, no quiso pasar ni un día más sin dejar solucionado el delicado caso que había planteado su amor

por Mary, y, de regreso en casa de los Harrington, dijo a éstos:

—Con su permiso; deseo hablar unos minutos con la señorita Webb.

Gracia y su esposo cruzaron sus miradas, asombrados, pues bien veían de lo que se trataba, y se preguntaban cómo acabaría la farsa



—Yo la amo a usted, Natalia, y quiero que sea usted mi esposa.

combinada por ellos.

Una vez solos Mary y Rogers, éste, muy respetuoso, inquirió:

—Natalia, ¿es que ama usted a otro?... ¿Por qué calla usted Natalia?... ¿Se atrevería usted a jurar que no me ama?

Mary no pudo articular una sola palabra, y

retiróse a la habitación que ocupaba en aquella casa, sin contestar a Rogers, visiblemente afligida.

Rogers sentóse en un sillón, junto al fuego de la chimenea, y meditaba... meditaba...

En su cuarto, Mary vió, apartada de las joyas prestadas, la alianza matrimonial de Esteban, y su tristeza era infinita.

Basta a veces un pequeño detalle para hacernos volver a la razón; y la vista de aquel diminuto anillo hizo que Mary, cuyo corazón había quizás en algún momento llegado a sentir vacilaciones, se doliera amargamente de haber accedido a representar aquella comedia, y concibiera el decidido propósito de terminarla a la mañana siguiente.

Para Rogers, sinceramente enamorado, la actitud de Mary era uno de tantos enigmas del corazón femenino, y a las dos de la madrugada aun se empeñaba en resolverlo.

Aquella era la noche escogida por el mayordomo Giuseppe para que Esteban cometiera el robo de las joyas prestadas a su propia esposa.

La introducción en la casa fué fácil para Esteban, así como, gracias a las indicaciones de Giuseppe, el penetrar en el cuarto de Mary, la cual dormía.

Esteban se apoderó de las joyas, y encontró en el suelo la alianza que regalara a su esposa, sin reconocerla como suya, la cual se le había caído a Mary, sin darse cuenta, después de contemplarla al volver a la realidad.

Ya se disponía a marcharse Esteban, cuando al reflejar la luz de su lámpara eléctrica en el

rostro de la durmiente, por curiosidad de verla, se desorbitaron sus ojos ¡ante su propia mujer!

La luz despertó a Mary, y encontráronse los ojos de los esposos frente a frente.

Mary tembló toda.

Esteban, crispando los dedos, la hirió de palabra.

—¿Conque es aquí donde trabajas, eh?

—¡No grites, Esteban!—suplicóle ella, sin comprender.

—¡No está mal el lavadero de Jersey!... ¿Estos eran tus aires de virtuosa y tus consejos de que yo buscara trabajo honrado?... ¡Qué entenderás tú por trabajo honrado!... ¡Debía matartel!... Estoy seguro de que nadie se atrevería a condenarme por ello.

Gracia, pareciéndole haber oído un rumor de voces en la habitación de Mary, se levantó y llamó a su puerta.

Esteban ocultóse en el lecho de Mary, pasando el peligro de descubrirlo la señora Harrington cuando entró, con el permiso de Mary, al cuarto de ésta.

—¿Qué es eso, Mary, le ocurre algo?...

—No, no es nada, señora... He tenido una pesadilla, pero ya pasó. Muchas gracias por el cuidado.

De nuevo solos, Esteban, amenazador, exigió a Mary:

—¡Vístete, y dentro de cinco minutos te espero a la puerta!

**

Mientras Mary se disponía a obedecer, Esteban, sigilosamente, atravesó habitaciones de la casa hacia la puerta de salida que le indicó Giuseppe, pero, al llegar al salón particular, sus pasos fueron oídos por Rogers, oculto de él por el respaldo del sillón donde meditaba, y fué sorprendido.

Ambos sostuvieron reñida lucha, al rumor de la cual acudieron los Harrington y Mary, ésta con el espanto que se supone.

—¿A qué ha venido aquí?—preguntó de nuevo Rogers a Esteban, a quien había dominado con sus puños.

—He venido, sencillamente... a ver a mi mujer, que es ésta, Mary—respondió el miserable delante de todos.

Los Harrington se asombraron.

—¿Qué dice este hombre, señorita?... ¿Usted le conoce?

Mary, serenándose, respondió firmemente:

—¡No le conozco! ¡Es la primera vez en mi vida que veo a este hombre!

Esteban estaba atónito.

—¡Arriba las manos, granujal!—clamó Rogers. Y le registró los bolsillos, encontrando en uno de ellos las joyas robadas.

—Es un ladrón—dijo entonces.

Al ver las joyas, la señora Harrington pensó que Mary tenía tal vez también culpa en aquel robo, y se las pidió a Rogers.

—Déme las joyas de Natalia, señor Rogers; yo las guardaré.

Mary palideció ante la ofensa que se le hacía indirectamente.

Rogers se desprendió de dichas joyas y dejando a Esteban bajo la vigilancia del señor Harrington fué a telefonar, en una pieza contigua, a la policía.

Mary no podía hacerse a la idea de permitir que encarcelaran a su marido, y, desesperada, suplicó a los señores:

—¡Oh, Dios mío, por no descubrir a ustedes delante del señor Rogers, he dicho que no conocía a mi marido!... ¡Devuélvanme ustedes el favor dejándole irse antes de que él venga!

Los Harrington se apiadaron de la pobre mujer, y Esteban huyó por un balcón, después de haber promovido cierto escándalo, rompiendo a sillazos los cristales, para hacer ver que se trataba de una fuga, y no sin haber dirigido una amenaza a Mary.

—¡Ni tú has terminado de arreglar tu cuenta conmigo, ni yo he terminado todavía con él!

Rogers acudió al ruido producido por la rotura de los cristales y asomándose al balcón por donde el miserable había huído, iba a disparar su revólver, impidiéndoselo Mary, quien, considerando ya en salvo a Esteban, retiróse a su cuarto para desvestirse las ricas ropas, cambiarlas por las que correspondían a su situación, y marcharse, luego, para siempre, de la casa de los opulentos donde, habiendo encontrado el verdadero amor, dejaba su vida desgarrada.

Rogers, presa de dudas terribles, estaba loco de dolor.

Antes de marcharse, Mary quiso hablar con Rogers.

La entrevista de Mary, *no Natalia*, y el hombre que despertó en ella las ilusiones perdidas,



...iba a disparar su revólver impidiéndoselo Mary...

fué harto sentida.

—Perdóneme usted que le haya engañado y no le haya dicho toda la verdad desde el primer momento.

Y refirió su triste historia.

Rogers, herido moralmente por la burla de que había sido objeto, dijo a Mary:

—¿No cree usted que toda esa habilidad que ha demostrado usted tener para representar esta comedia, hubiera estado mucho mejor empleada en reformar a su marido?

¡Qué distinta es la vida real de los cuentos de Hadas! ¡Qué claro veía Mary su error de querer desempeñar el papel de Cenicienta!

Resignada con su triste suerte, partida el alma, Mary iba a alejarse de Rogers.

Sin embargo, no pudo hacerlo sin decirle:

—Antes de irme, quiero confesarle a usted una cosa... Me sentía tan triste, tan desgraciada, que no pude resistir a la tentación de hacer por unos días el papel de Cenicienta... Y, lo confieso, creí por un momento haber encontrado, como Cenicienta, al Príncipe Encantado... Pero, aunque me dí cuenta de que yo no debía, no podía aceptar su amor, y no lo acepté, no tuve como Cenicienta el valor de huir a tiempo de aquella fiesta, de aquel ensueño; y al sonar la hora, Cenicienta ha aparecido como es en realidad... Entiéndame usted bien, señor Rogers. Al convertirse mi ensueño en realidad, mi dorada carroza en calabaza y mis vestidos de seda en un traje raído, yo no dejo tras de mí nada que pueda ser un indicio que descubra mi triste retiro... El zapato de Cenicienta no tiene aplicación en mi caso... ¡Jamás volverá el Príncipe Encantado a saber nada de mí!

Rogers, vencido por la desventura de Mary, en quien veía a la mujer buena, y soñando como ella lo había hecho hasta entonces, la preguntó con cariño:

—¿Por qué se ha de resignar usted a ser desgraciada toda la vida, Mary?... ¿No tiene usted acaso derecho al amor?...

—No, Rogers, no tengo derecho al amor... ¡Por seguirlo ciegamente me acarree mi propia desgracia!... Si en este mundo no existiera más norma de nuestros actos que el amor, es posible que tuviera usted razón, pero existe el deber, y el deber hay que interponerlo siempre a cualquier derecho... Mi deber me llama al lado de mi marido, y he de cumplirlo aun a costa de cualquier sacrificio... ¡Estoy segura, Rogers, de que en el fondo está usted de acuerdo conmigo, de que aplaude usted mi conducta!

Y, Rogers, emocionado, vió partir, con una aureola de mártir, a la pobre Mary.

*
*
*

En el club, Giuseppe esperaba tranquilo y confiado, a Esteban, y al llegar éste, le reclamó la parte que le correspondía del negocio.

—¡Qué joyas, ni qué nadal... contestó, picado, Esteban—. La señorita forastera de que me hablaste, era mi propia mujer... ¡Voy a buscar un revólver para matar al miserable que me ha robado su amor!

—Ten calma, Esteban; no le mates, que así no conseguirás nada práctico... *Ságrale* solamente... Si está enamorado de tu mujer, haz que lo *pague*... Y no olvides que vamos a me-

días en este negocio que yo te he proporcionado.

—¿Qué he de hacer?

—Nada más que no moverte de tu casa en todo mañana. Yo entregaré esta misma tarde a ese Rogers la carta que voy a escribir.

El texto de esa carta era el siguiente:

Mi querido señor Rogers:

Estoy desesperada y necesito su auxilio. Si mañana lleva diez mil dólares al número 7 de la calle de San Juan, me salvará usted. No quiero creer en una decepción.

Suya

Mary.

Rogers, antes de partir de Nueva York, fué a despedirse de los Harrington, únicamente para censurarles el engaño que habían urdido contra él, del que salía tan perjudicado bajo el punto de vista moral.

Después de haberse él marchado de su casa, los Harrington se disputaron, atribuyéndose uno y otro la culpa de todo, como suele siempre suceder entre jugadores derrotados.

Giuseppe aprovechó un momento para entregar a Rogers la carta de Mary preparada por él, que el joven leyó.

Rogers miró con recelo al mayordomo, y se prometió ir.

..

Mary soportaba con sublimidad las recrimi-

naciones de Esteban, cuando llamaron a la puerta de su casa.

Rogers, al entrar, vió en seguida el truco que ya se había imaginado.

La extrañeza de Mary, de verle en su casa, era bastante para convencerlo de ello.

Con todo el descaro del mundo, Esteban amenazó a Rogers:

—Hacer el amor a mi mujer es cosa muy cara, Rogers... Si no quiere usted que su nombre vaya a los periódicos envuelto en el escándalo, le costará diez mil dólares.

Muy seguro de sí mismo ante el bribón, Rogers contestó:

—Estaba convencido de que se trataba de un engaño, de que Mary no había escrito la carta, pero he traído el dinero, Maddock... Quiero darle a usted la oportunidad de demostrar a su mujer que es usted un hombre honrado... Aproveche usted la ocasión de hacer ver a Mary que es usted digno de ella.

Tras esto, Rogers entregó a Esteban, los diez mil dólares en billetes.

El miserable los aceptó... pero Mary, asiéndole de los brazos, le gritó:

—¡Esteban, devuelve ese dinerol... Te lo suplico, Esteban; devuélvelo!

No estando dispuesto Esteban a obedecer a Mary, Rogers añadió, marchándose después:

—Le doy a usted media hora para decidirse, Maddock... Al cabo de ese tiempo volveré aquí. Si se ha ido usted con el dinero yo sabré lo que tengo que hacer... He tomado ya mis medidas.

A solas con su mujer, Esteban, codicioso,

trató de vencer la oposición de Mary a que se quedara con los diez mil dólares.

—¡Piensa bien lo que este dinero significa para nosotros!... En vez de entregarle la mitad a Giuseppe, nos quedaremos con todo y nos marcharemos lejos de aquí... a comenzar a vivir de nuevo.

—No, Esteban; yo no te seguiré a ese precio... ¡Ese dinero me quemaría las manos!

—Pues si tú no quieres... yo me voy lejos... y ahí te quedas con la miseria en que vivimos.

—Así queda bien demostrado quien eres y el amor que me tienes...

—¡Así es el mundo, hija!... ¡Qué se le va a hacer! ¡Adiós... y buena vida!

Esteban abrió la puerta de su casa y se vio detenido por Giuseppe.

—¿Dónde ibas con ese maletín?... ¿Huías sin darme mi parte?...

—Es que...

—¡No sé cómo no te mato, por traidor! Ven-ga el dinero... ¡Venga he dicho! Ahora sólo ha de ser para el uno o para el otro... Que decida la suerte... Echaremos a los dados y el que gane se quedará con todo... A tres tiradas cada uno. El que haga mayor número, gana.

Ganó Giuseppe... pero Esteban se opuso a perder el dinero y los dos malos sujetos se pelearon, matando Giuseppe a Esteban de varios tiros.

Durante la pelea, Mary vació la cartera de su marido que contenía los billetes de banco, y huyó, empavorecida, por la escalera exterior de la casa.

Los vecinos, alarmados, así como numeroso

público, subieron al piso de los Maddock y llamaron desafortadamente a la puerta.

Giuseppe ocultó en un canapé de caja al muerto, pero Rogers, que regresaba a la media hora convenida, descubrió el cadáver y entregó al asesino a las autoridades.

Cumplido este acto de justicia, Rogers buscó a Mary a quien halló desvanecida apretando en sus manos el maldito dinero que quería devolverle, y murmuró:

—¡Pobrecilla! Ha sido fiel a su deber hasta el fin... La Providencia la ha premiado devolviéndola su libertad, al mismo tiempo que castigaba a su marido haciéndole víctima de su propia maldad.

*
**

El tiempo es un gran bálsamo para las heridas del alma. Y Mary, solícita y carifiosamente protegida por la señora de Harrington, que le cobró una viva simpatía, llegó a convencerse de que, al fin, había comenzado para ella la primavera de la vida.

Y, un día, regaláronse sus oídos oyendo estas palabras:

—Cenicienta, tu desgracia fué muy grande; con ella purgaste la falta de tu desobediencia al consejo de tus padres... Y, como en medio de tus penas fuiste buena y supiste cumplir con tu deber hasta el fin, el Hada buena encontró tu zapato y te ha traído junto al Príncipe encantado.

La realidad no podía ser más venturosa.
 Callad... ¿Oís?...
 —Si, Nelson... te amo con toda mi alma.
 Silencio... ¿No habéis percibido el rumor de
 un beso?...

FIN

(Prohibida la reproducción)

Este número ha sido sometido a la previa censura militar

PRÓXIMO NÚMERO EXTRAORDINARIO

Sábado, día 25 de Octubre

la sin rival producción cinematográfica

VEREDICTO DE INculpABILIDAD

creación de los grandes artistas:

CLAIRE WINDSOR

y

NORMAN KERRY

Asunto que conmoverá a todos

20 fotografías :-: :-: 64 páginas

POSTAL-FOTOGRAFÍA:

MAE MARSH**PRECIO: 50 CÉNTIMOS**

Compre el mismo **SÁBADO, DÍA 25**, este número excepcional
